



“Capítulo X”

p. 243-270

William Davis Robinson

Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.htm>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO X

Mina avanza sobre Guanajuato. Descripción de la ciudad. La ataca. Fracaso. Procede con una escolta al rancho del Venadito. Movimientos de Orrantía. Mina hecho prisionero. Brutal conducta de Orrantía para con él. Muerte de Mina. Reflexiones. Estado de la sociedad en México. Observaciones sobre el estado actual de las fuerzas realistas, y la facilidad con la que el país podría ser invadido y alcanzada su emancipación.

Mina reunió unos mil cien soldados en la hacienda de La Caja, con los que avanzó hacia la hacienda de Burras. En la noche del 23, evitando los caminos reales y habiendo hecho un rodeo a través de los campos cultivados, pasó por las alturas vecinas a la ciudad de Guanajuato y llegó con la luz del día a un lugar poco frecuentado en las montañas, llamado La Mina de la Luz, como a cuatro leguas de aquella ciudad. Allí se detuvo todo el día, esperando la llegada de algunos refuerzos de infantería y caballería despachados por don Encarnación Ortiz. Éstos se le unieron por la tarde y su fuerza, así aumentada, llegó casi a mil cuatrocientos hombres, de los cuales sólo noventa eran de infantería.

Antes de relatar el desastroso ataque a la ciudad de Guanajuato, será apropiado presentar al lector un breve bosquejo de esta célebre ciudad, porque en cuanto a riqueza y a ventajas naturales ocupa en importancia el segundo lugar después de la capital de la Nueva España y, de hecho, en lo que respecta a sus recursos físicos, es igual si no es que superior a cualquier ciudad de la América española. Por sí solas, estas circunstancias eran tales que convertían su captura en una empresa digna del gallardo Mina y de la mayor importancia para la causa revolucionaria.

Guanajuato, la capital de la intendencia de ese nombre, está situada en medio de las montañas, ricas en metales, que limitan con las llanuras de Silao, Salamanca, etcétera, por el oriente. Estas llanuras, comúnmente llamadas por sus habitantes el Bajío, son las más hermosas y fértiles de toda la Nueva España. La brillante descripción hecha por el barón de Humboldt de la belleza y fecundidad de esta región no es, en ningún sentido, exagerada;¹ de hecho, es imposible para el

¹ Véase A. de Humboldt, *Ensayo Político*, libro tercero, capítulo VIII, p. 161-162.

viajero pasar a través de esta región tan favorecida sin experimentar emociones de admiración y deleite. La suavidad y pureza de la atmósfera son calmantes y vigorizantes, y el efecto en la vista es tal que en ningún lugar hemos contemplado jamás un verdor tan vívido como el de la producción vegetal de aquellas llanuras.

Las montañas en sus cercanías son abruptas, elevadas y escabrosas, como todas aquellas ricas en minerales. Se encuentran cortadas por profundas barrancas, muchas de ellas de doscientas a trescientas yardas de ancho, y los espantosos precipicios que abundan en estas barrancas causan gran sorpresa al viajero. Las llanuras intensamente cultivadas y las cadenas de montañas presentan el más sublime de los escenarios, mezclando los extremos de luz y sombra en el más llamativo y exquisito de los contrastes, igualando en grandeza y magnitud a los paisajes más famosos de Europa y rivalizando con los más suaves de Lausanne y de Italia.

A lo largo de las vueltas de una de estas barrancas se encuentra la ciudad de Guanajuato. Se encuentra tan completamente dominada por las montañas que la circundan que sólo puede verse después de ascender las alturas que la rodean, cuando la novedad de su ubicación provoca la sorpresa del viajero. En algunos lugares, la ciudad se extiende como un amplio anfiteatro; en otros, se estrecha a lo largo de una angosta elevación, mientras que las hileras de las casas, acomodadas en las sinuosidades del terreno, presentan los más fantásticos, aunque quizá los más variados y elegantes, conjuntos de habitaciones. Antes de la revolución su población se estimaba en unas setenta mil almas, pero actualmente ese número ha experimentado una gran disminución.

Durante la estación de lluvias, está expuesta a sufrir daños por los torrentes violentos que en su paso a la llanura de Silao bajan de las montañas a la barranca en que se encuentra la ciudad. Se han gastado grandes sumas en obras para contener estos torrentes en un canal; no obstante, casi cada año la ciudad sufre accidentes por su causa.

Las mejores minas de plata de toda la América se encuentran en sus inmediaciones, en particular la famosa de Valenciana. Antes de la revolución, esta mina brindaba a su propietario una renta anual de medio millón de pesos.

Las minas del reino de México, y particularmente las de Guanajuato, constituyen una importante e interesante excepción a la norma de que la muerte reina en las minas de América. Las minas del Perú, así como las de la Nueva Granada, por lo general se encuentran situadas en regiones poco agradables o en donde reinan las nieves perpetuas. Por muchas leguas a su alrededor no se contempla vegetación alguna. Las provisiones son llevadas desde grandes distancias. El minero tiene

que sufrir el cambio de un calor extremo al frío; debe abandonar deliciosos valles, bendecidos con una agradable temperatura, para residir en una región helada, donde prevalece una perpetua esterilidad. Por la ley de la mita se ve forzado a abandonar a su familia o, si ésta lo acompaña, es tan sólo para participar en sus privaciones y tristezas. Completamente diferente es la suerte del minero mexicano. A una altura de seis a siete mil pies sobre el nivel del mar, disfruta de todas las bendiciones de la zona templada. En México, contemplamos los cultivos más intensos en la vecindad de los puestos mineros. La intendencia de Guanajuato es la más pequeña y la más densamente poblada de todas las de México. De acuerdo con el señor de Humboldt, tiene cincuenta y dos leguas de largo y treinta y uno de ancho, y cubre una superficie de novecientas once leguas cuadradas que en 1803 tenía una población de quinientas diecisiete mil trescientas almas, o sea quinientas sesenta y ocho por legua cuadrada.² Las hermosas llanuras de Guanajuato, que se extienden de Celaya a la Villa de León, a lo largo de treinta leguas y en los inmediatos alrededores de las minas se encuentran en el estado más elevado de cultivo, tachonadas con tres ciudades, cuatro villas, treinta y siete pueblos y cuatrocientas cuarenta y ocho haciendas. Las montañas rebosan de bosques excelentes y las provisiones y los lujos abundan en todas direcciones alrededor de estas minas.

Pudimos observar a cientos de mineros de Guanajuato, y no hemos contemplado en México una raza más robusta. Así, por nuestra observación personal, fuimos llevados a adoptar la opinión de que las condiciones de trabajo en las que viven no son tan nocivas como se ha pensado.

En la mina de Valenciana, por ejemplo, antes de la revolución (porque desde entonces en buena medida se ha llenado de agua), la labor de una gran porción de los trabajadores era la de llevar de continuo sobre sus espaldas cargas de mineral, que pesaban en promedio trescientas libras, desde el fondo de la mina hasta la boca, por una subida de mil ochocientos escalones, pasando también por una variación de temperatura de cuarenta y cinco a noventa y tres grados. Sin embargo, el minero disfruta de perfecta salud, y la proporción de muertes y nacimientos dada por el señor de Humboldt demuestra de inmediato la salubridad de las minas a pesar de que una gran parte de los habitantes son indios. En la ciudad de Guanajuato el promedio de nacimientos durante cinco años excede al de muertes en doscientos a cien, y en las minas vecinas de Santa Ana y Marfil es de ciento noventa y cinco a cien.³

² *Loc. cit.*

³ A. de Humboldt, *Ensayo Político*, libro segundo, capítulo IV, p. 40.

Que el trabajo en las minas pudo haber sido pernicioso en años anteriores, cuando era obligatorio y cuando la bárbara ley de la *Mita* estaba en vigor,⁴ cuando los pozos y las galerías se encontraban cargados de aire impuro y poca atención se concedía a la comodidad del minero, no lo podemos negar; pero las mejoras que han sido hechas durante los últimos veinticinco años por la Escuela de Minas, establecida en la ciudad de México, han disminuido estos males e introducido un sistema por el que las minas son ventiladas y el aire purificado. Los salarios del minero son mejores y, a causa de que su trabajo es voluntario, cuando se siente descontento se retira y su plaza es cubierta por la superabundante población de la fértil región adyacente. No puede tenerse duda alguna de que cuando las artes y ciencias extranjeras se introduzcan en México, donde un campo tan amplio y favorable para su cultivo se encuentra actualmente cerrado por la política española, el trabajo humano en las minas se verá disminuido considerablemente y, en lugar de las tediosas y laboriosas ocupaciones a las que se dedica actualmente por necesidad, la maquinaria se ocupará de ellas en buena medida, disminuyendo el sufrimiento humano y difundiendo felicidad en aquellas deliciosas regiones. Es allí donde el poder del vapor todavía no ha sido aplicado en forma exitosa.

Los historiadores y los viajeros han estado tan acostumbrados a copiarse unos a otros al describir los horrores del desgraciado minero que los condenados a galeras en Europa han sido considerados felices cuando se les compara con el individuo que penetra en las minas de la América española; y, si bien algunas de estas poéticas descripciones de Raynal,⁵ Pauw⁶ y el historiador escocés Robertson⁷ pueden haber sido aplicables en el pasado a las minas de Potosí y otras de los Andes en el Perú, nos sentimos satisfechos de observar que tales descripciones no

⁴ La mita nunca estuvo en vigor en la Nueva España. En esto Robinson sigue lo expuesto por William Robertson en el libro VIII de su *History of América*, obra que fue impresa en Londres en dos volúmenes por W. Strahan en 1777.

⁵ La obra del historiador francés Guillaume Thomas François Raynal a la que alude Robinson puede ser su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, cuya quinta edición, compuesta de seis volúmenes, apareció en Amsterdam en 1770.

⁶ Pienso que Robinson hace referencia a las *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine*, del geógrafo holandés Cornelius de Pauw, publicadas en dos volúmenes en Berlín por G. I. Decker en 1768 y 1769.

⁷ William Robertson, historiador escocés, cuya obra *History of America*, y en particular el libro VIII, ya mencionados en la nota 4, fueron utilizados por Robinson no sólo para escribir este capítulo sino para otras cuestiones relativas a la Nueva España. Otra obra de Robertson que pudo haber sido utilizada por Robinson es *The history of the reign of the Emperor Charles the Fifth*, cuyos tres volúmenes fueron impresos en Londres por W. and W. Strahan en 1769, obra que fue traducida a varios idiomas.

se aplican a la condición del minero en México. Asimismo, ha sido una opinión muy difundida en el mundo civilizado que una enorme proporción de la población indígena se empleaba en las minas. Dejando a los observadores futuros la consideración de lo que ocurre en la América del Sur, nos limitaremos a México, donde afirmamos que en el año de 1807, de acuerdo con los informes recibidos por la Escuela de Minas, el total de las personas empleadas en todas las minas de la Nueva España era de treinta y dos mil trescientas cuarenta. Así que cuando reflexionamos que la población de la Nueva España se encuentra entre los seis y los siete millones de habitantes, percibimos de inmediato cuán pequeña, en relación a la población general del país, es la proporción de personas ocupadas en esta clase de trabajo. Mas desde que se inició la presente revolución algunas de las minas han sido abandonadas y otras se han visto inundadas, por lo que el número antes mencionado debe necesariamente reducirse en forma considerable. Si se ven realizados nuestros deseos de que un gobierno liberal pueda establecerse en la Nueva España en un día no muy lejano, es claro que la introducción de maquinaria no sólo disminuirá el número de hombres hasta ahora empleados en estos trabajos sino que aumentará el producto de estas minas mucho más de lo que hasta ahora han rendido, y tanto, que podrá satisfacer las demandas de una población en aumento y los reclamos adicionales del mundo en su carrera por mejorar.

No obstante, no son las minas de Guanajuato las que constituyen la verdadera riqueza de tan importante intendencia de la Nueva España. Su prosperidad se funda en una base más duradera. La benignidad de su clima, la fertilidad de su suelo y su resistente raza de hombres susceptibles de todo pulimento y refinamiento y que poseen una disposición calculada para proseguir cualquier empresa intelectual con empeño y éxito son bendiciones que seguirán existiendo aun cuando se agote la plata de sus apiladas montañas.

Todos los granos nutritivos necesarios para el disfrute y el sostén de la humanidad encuentran un suelo y un clima propicios en la intendencia de Guanajuato. Las intendencias vecinas se han visto igualmente bendecidas. Ninguna parte de la tierra rinde un producto más abundante a los trabajos del agricultor, y tampoco creemos que exista un clima más favorable a la longevidad o un territorio que pudiera sostener una mayor población por milla cuadrada que el clima y territorio de la intendencia de Guanajuato. No sólo sus fértiles llanuras sino sus más elevadas cimas parecen destinadas para que en ellas resida la felicidad rural.

La raza de futuros mexicanos que florecerá en esta región tan favorecida de la Nueva España no está destinada a depender de los caprichos

de una política artificiosa ni de los azares del comercio exterior para la provisión de sus necesidades y lujos. Los habitantes de esta intendencia, así como los de México en general, seguramente sufrirán la envidia de naciones egoístas o menos favorecidas, y esto quizá será para su fortuna, porque dedicarán con mayor rapidez la energía de su genio y su industria a proveerse con sus propios recursos de aquellas comodidades que si fueran provistas por otras naciones podrían interferir en su prosperidad y sujetarlos al nocivo sistema que ya ha hecho que la América del Sur haya sufrido trescientos años de desgracias y que no ha librado a ninguna parte del mundo de su vejación. Como ya hemos observado, en esta intendencia florecerá cualquier producto extranjero de la zona templada que se introduzca en ella, mientras que sus producciones originarias y las pocas de origen externo que al presente han sido introducidas son ampliamente suficientes por sí solas para la comodidad y la subsistencia humanas. A pesar de que la agricultura mexicana sufre el atraso de un siglo si se compara con la de Europa o la de los Estados Unidos, sus productos son sorprendentemente numerosos. Como el trigo se siembra durante la estación de secas, se le cultiva mediante el riego. El señor de Humboldt señala el producto de México como de veintidós a veinticinco a uno. Pero varía en los diferentes lugares entre dieciocho y veinte y setenta y ochenta por fanega sembrada; así, su promedio excede en cuatro a cinco veces al producto medio de Francia. El maíz indígena crece de manera variada; en ciertas partes del Bajío rinde el sorprendente incremento de ochocientos por fanega sembrada y en algunas partes se considera una mala cosecha cuando es de ciento cincuenta a uno. El producto medio de la región equinoccial de México es considerado por el señor de Humboldt como de ciento cincuenta a uno.⁸

Las frutas, ya sean indígenas o exóticas, crecen con gran perfección en Guanajuato, y en cualquiera de sus mercados se exhiben en la misma canasta tanto los productos de la zona templada como los de la tórrida. Allí, en el más alto estado de perfección, se ofrecen en venta piñas, uvas, naranjas, plátanos, duraznos, manzanas, peras, etcétera, cosechados a pocas leguas unos de otros. Los animales de Guanajuato son de una clase superior. Los borregos que pacen en las montañas proporcionan una carne deliciosa y una lana notablemente fina. Los caballos, en cuanto a belleza, forma, músculo, hueso y brío, no son superados en ningún otro lado.

En ninguna otra parte de la Nueva España se encuentra una raza mejor de hombres que en Guanajuato, y el carácter es común a indios

⁸ Sobre la producción de la Nueva España, véase A. de Humboldt, *Ensayo Político*, libro cuarto, capítulo IX.

y a criollos. Robustos en sus miembros, bien parecidos y atléticos, con una mirada que denota una extraordinaria viveza, estos hombres producen emociones en un extranjero rara vez logradas a primera vista; y cuando alcancen las bendiciones de un gobierno liberal y se difundan entre ellos las ventajas de una educación amplia y liberal, predecimos que la provincia de Guanajuato ocupará un lugar distinguido entre las provincias mexicanas. Pero retomemos las operaciones contra la ciudad.

Por la descripción que hemos hecho de Guanajuato es evidente que con artillería colocada en las alturas que la rodean pronto se causaría su rendición. Sin embargo, como el enemigo no esperaba ataques formidables de los patriotas, había descuidado fortalecer los pasos de las montañas que conducen a la ciudad y confiaba para su defensa en un castillo o cuartel fortificado que se encontraba en una posición central.⁹

Mina no fue provisto de la artillería necesaria para ocupar las alturas y, como Orrantía lo seguía, se resolvió a tomar la ciudad mediante un golpe de mano. Su intención fue comunicada a las tropas, las que se manifestaron ansiosas de hacerlo. Gratificado por su entusiasmo y lisonjeándose de que iba a dar un golpe que daría a la revolución un giro decisivo, hizo los arreglos necesarios. Lleno de estos presagios, apareció más animado que de costumbre y al anochecer avanzó sobre la ciudad. A las once la avanzada llegó a los suburbios. Allí se hizo alto para permitir que la división se reuniera, dado que los desfiladeros por los que había llegado eran muy estrechos y en algunos lugares no permitían pasar más que de uno en uno. Se reunieron finalmente las tropas y, a pesar de que los centinelas proclamaban a corta distancia el “todo está bien”, tal había sido el silencio y buen orden de parte de las tropas de Mina que el enemigo no se percató de su llegada sino hasta después de la medianoche, recibiendo la primera noticia al ser sorprendido y tomado uno de sus puestos de guardia. La alarma del enemigo se volvió general y comenzó el fuego desde el castillo. Pero de nueva cuenta los hábitos de la disciplina hicieron falta y en el momento crítico en que el orden y la obediencia resultaban más necesarios se repitieron escenas aún más deplorables que las que ya hemos descrito como ocurridas en San Luis de la Paz. Mina se encontró rodeado de una turbamulta militar. En vano utilizó la persuasión o las amenazas; su moderación no los ganó; sus órdenes no fueron obedecidas, y a pesar de que el fuego enemigo había disminuido por algún tiempo, ofreciendo así una oportunidad para el asalto, todos sus intentos fueron vanos y no pudo inducirlos a avanzar. Hasta cerca del amanecer se empeñó inútilmente en restaurar un tanto el orden y en convencer a las tropas de avanzar,

⁹ Se trata, obviamente, de la alhóndiga de Granaditas.

pero al encontrar que era imposible, y sabiendo que Orrantía se aproximaba, se vio obligado a abandonar el asalto y a iniciar la retirada. Con tropas como éstas y después del fracaso de una empresa, la retirada es sinónimo de fuga. Insensibles al hecho de que podrían pasar con mayor rapidez y seguridad si mantenían un orden regular en la marcha, se amontonaron en el desfiladero por el que habían entrado, cada uno intentando adelantarse al otro; pronto obstruyeron el paso y se originó un tumulto. Unos cuantos enemigos, al darse cuenta de la retirada, salieron de su posición y dispararon algunos tiros al aire. La confusión aumentó con el miedo de los fugitivos a ser alcanzados por el enemigo, ya que se encontraban todos juntos. Finalmente, el general, con infinita dificultad, logró calmar sus temores y restaurar un poco el orden entre ellos. Durante esta desastrosa escena, don Francisco Ortiz, uno de los oficiales patriotas, con parte de sus tropas había alcanzado la altura donde se localizan las obras de la mina Valenciana y sin justificación alguna les prendió fuego. Esta acción enfureció muchísimo a Mina, ya que había dado las órdenes más terminantes en contra de la destrucción de la propiedad privada.

Por fin las tropas salieron del desfiladero y poco después del amanecer llegaron a La Mina de la Luz, donde hicieron alto. El general no pudo ocultar por más tiempo su profunda mortificación ni dominar sus sentimientos de exasperación. A un grupo de oficiales patriotas reunidos a su alrededor les dijo que eran indignos de que algún hombre de carácter abrazara su causa. “Si hubiérais cumplido con vuestro deber”, les dijo, “vuestros hombres hubieran cumplido con el suyo y Guanajuato hubiera sido nuestra.” La orden del día censuró a aquellos que lo merecían y elogió a los pocos dignos de aplauso por su buena conducta.

Habiendo así fracasado en su empresa favorita contra Guanajuato, y sin tener entonces un objetivo inmediato en perspectiva en el que emplear a sus tropas, para engañar a los realistas sobre sus movimientos las desbandó a sus respectivas comandancias, donde pensaba serían útiles para incomodar al enemigo, hasta que de nuevo requiriera de sus servicios, preservando así a sus hombres y monturas de las marchas y contramarchas a las que hubieran estado sujetos a causa de la persecución de Orrantía y reuniéndolos para su siguiente intento. Dio órdenes rigurosas a los comandantes de los alrededores de Guanajuato de no permitir que provisiones de ningún tipo entraran en la ciudad, todavía persuadido de que podría renovar el ataque sobre ella con mejor resultado. Reteniendo a su lado a cuarenta hombres de infantería y a treinta de caballería, el general decidió pasar a la residencia de su amigo don *Mariano Herrera*, que se encontraba en un rancho vecino llamado *El Venadito*. De acuerdo con ello, después de desbandar a sus tropas, esa

misma tarde emprendió la marcha a dicho lugar, pero pernoctó a poca distancia de La Mina de la Luz.

El rancho El Venadito se componía de unas cuantas casas en terrenos de la Tlachiquera, distante cosa de una legua de la hacienda y ocho de la villa de Silao. Su dueño, don Mariano Herrera, era natural de Guanajuato. Era un hombre muy respetado y que poseía una mente bien cultivada. Había sufrido severamente a causa de los realistas. Orrantía había assolado la hacienda, quemado sus edificios y saqueado la iglesia, convirtiéndola en establo. El desafortunado don Mariano había sido hecho prisionero y llevado por los realistas junto con todos los bienes que pudieron tomar. Después de verse así despojado, y destruida su espléndida propiedad, se vio obligado a pagar veinte mil pesos de rescate para salvar su vida. Al ser puesto en libertad, regresó a su hacienda y allí se ocupó de las labores agrícolas. Habiendo sido quemados la mansión y los edificios de su hacienda, destruidas sus cosechas, arrebatados sus ganados y mobiliario y quedado exhaustas sus cajas, estaba imposibilitado de restaurar su propiedad a su condición original, y ésta se convirtió en un lugar para subsistir y descansar. En realidad, si hubiera tenido los medios para restablecer su antigua comodidad y belleza únicamente hubiera quedado expuesto una vez más a las depredaciones de una rapacidad insaciable. Por lo tanto, construyó tan sólo una casa pequeña y, como sus dependientes le eran adictos, esperaba que la peculiar situación de El Venadito le proporcionara un refugio seguro.

El Venadito se encontraba en una pequeña barranca circular, en cuyo frente había una pequeña llanura. La barranca se hallaba más o menos cubierta por un matorral, en medio del cual se hallaban diseminadas grandes masas rocosas. A través de ellas pasaba el único camino para llegar a las tierras altas que la rodeaban, una espaciosa meseta limitada en su extremidad por barrancas. El camino de Guanajuato y Silao, que corre por una larga, angosta e intrincada barranca en la que habitaban numerosos paisanos muy afectos a la causa de la libertad y adictos a don Mariano, se suponía le brindaba en esa dirección una protección total de una sorpresa enemiga, ya que su llegada podría comunicársele a don Mariano con suficiente antelación para permitirles a él y a quienes lo seguían hallar refugio en las barrancas a espaldas de El Venadito. Por otra parte, no había puestos realistas sino a una distancia considerable, y como las tropas patriotas bajo el mando de Ortiz excursionaban en esa dirección sin ser molestadas no se esperaba peligro alguno.

Así, pues, El Venadito se consideraba perfectamente seguro de una sorpresa durante el día, y por la noche era costumbre de don Mariano

el refugiarse en las montañas, por lo que, a pesar de vivir en constante recelo, se consideraba seguro. Don Mariano pasaba su tiempo en este solitario lugar, solazándose con las atenciones de una hermana muy querida que había dejado a sus amigos en Guanajuato para compartir la suerte de su hermano.

Mina y Herrera mantenían una cálida amistad, habiendo puesto el primero en el segundo toda su confianza, de la que era digno en todos los aspectos. Mina llegó a El Venadito al día siguiente, cerca del mediodía, donde fue recibido por su amigo de la manera más cordial. Tenía entendido que Orrantía se hallaba en Irapuato sin saber la dirección que había tomado, y sabía que se vería más confundido al enterarse de la dispersión de las tropas patriotas. A causa de estas circunstancias y de la posición de El Venadito, Mina se consideró perfectamente seguro. Por ello, determinó pasar la noche en el rancho con su amigo, y ordenó que los caballos de la tropa se sacaran a pacer. Durante la tarde, don Pedro Moreno, que residía en los alrededores, visitó a Mina y permaneció con él. Las tropas acamparon delante de la casa, se pusieron centinelas y el general se encontraba tan satisfecho de su seguridad que, en contra de su costumbre, se retiró a descansar en el suelo de la casa. Mencionamos estas circunstancias porque lo que sigue mostrará que el general, en esta rara ocasión en que se apartó de su costumbre de dormir con sus hombres, cometió un error por demás desafortunado.

Entre las prácticas perniciosas e imprudentes de los patriotas se contaba la de permitir a los sacerdotes salir de las villas enemigas para decirles misa. Muchos de estos hombres eran espías y agentes de los realistas, y nunca dejaban de conseguir toda la información de utilidad para sus amos que les fuera posible. El camino por el que Mina había llegado esa mañana pasaba por un pequeño pueblo al que el padre acudía cada semana desde Silao. Era domingo cuando el general pasó por allí. El padre lo atendió y le presentó sus respetos, conduciéndose con todo el servilismo y la humildad que los de su estado saben tan bien cómo usar cuando pueden lograr algo. Mina lo trató como siempre trataba a las personas de su clase, con atención y respeto al mismo tiempo que con cautela. El padre, o fue informado o conjeturó hacia dónde se dirigía Mina; pero, sea lo que haya sido, estaba tan ansioso de llevar la grata noticia a los realistas que en el instante mismo en que Mina salió del pueblo, sin detenerse a comer, montó su caballo y se dirigió a Silao, distante como cinco o seis leguas.

Las suposiciones de Mina respecto a la incertidumbre de Orrantía en lo referente a su proceder estaban bien fundadas, porque este último no tenía la más mínima idea de dónde buscar al general y había marchado a Silao en este estado de incertidumbre. La dispersión de las

tropas de Mina aumentó la perplejidad de Orrantía, pero mientras se hallaba en semejante estado de confusión (como expresó en sus partes al virrey) recibió del sacerdote la inesperada pero importante información de que Mina había pasado a El Venadito. Si Orrantía no hubiera llegado por accidente a Silao esa misma noche, los propósitos y la información del padre no hubieran servido de nada, porque la intención de Mina era abandonar El Venadito por la mañana siguiente. No obstante, un conjunto de desafortunadas circunstancias parece haber causado la catástrofe que vamos a narrar. Orrantía, a pesar de la fatiga de sus tropas, no perdió tiempo y las puso en marcha, y habiendo alcanzado una posición adecuada a sus propósitos, dispuso a sus tropas en una emboscada cerca de El Venadito, proponiéndose caer sobre la partida de Mina tan pronto como la luz del día le permitiera distinguir los objetos.

Al amanecer del día 27, la caballería de Orrantía salió de la emboscada y avanzó a todo galope sobre el campamento de Mina. Se dio la alarma. Los soldados de Mina, viéndose separados de sus caballos que pastaban, se mezclaron con la infantería, cuyo primer impulso fue el de salvarse mediante la fuga. Era tal la situación del terreno que si en ese momento tan sólo treinta hombres de infantería se hubieran unido hubieran podido rechazar a toda la fuerza de Orrantía o, al menos, haberla detenido y organizar la retirada. Pero oficiales y soldados no pensaron sino en su propia seguridad; en el mayor de los desórdenes se avalanzaron para alcanzar la altura de las colinas y así escapar por las barrancas que se hallaban detrás. Mina, a quien despertó el ruido y el tumulto de sus tropas en fuga, se levantó del suelo y salió de la casa vestido como había pasado la noche, sin chaqueta ni sombrero o, cuando menos, su espada. Sin preocuparse por su persona, su primer propósito fue reunir a sus tropas que huían, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Pronto se encontró solo. Contempló al enemigo que perseguía y derribaba a sus camaradas en fuga y trató, cuando era demasiado tarde, de ponerse a salvo, pues el enemigo se encontraba encima de él. Todavía gritaba a los fugitivos para que se detuvieran y formaran cuando fue detenido por un dragón, y sin tener consigo arma alguna toda resistencia era inútil.

Si al salir de la casa Mina hubiera tratado de escapar, podría haberlo logrado con la misma facilidad que muchos otros, pero supongamos que tal pensamiento no pasó por su mente. Su sirviente favorito, un muchacho negro de Nueva Orleans, después de que el general abandonó la casa, ensilló su mejor caballo y fue en busca de su amo, llevando asimismo su espada y pistolas, pero desgraciadamente no lo encontró.

El dragón que capturó a Mina ignoraba el rango de su prisionero hasta que el mismo general se lo hizo saber. Entonces fue maniatado y conducido a la presencia de Orrantía, quien en la forma más arrogante comenzó a reprocharle el haber tomado las armas contra su soberano y a interrogarlo sobre sus motivos para haberse convertido en traidor, insultándolo y prodiéndole las más amargas recriminaciones. Mina, quien en las ocasiones más exasperantes jamás perdía su presencia de ánimo y su firmeza característica, replicó a los interrogatorios de manera tan sarcástica y con tan fuertes expresiones de desprecio e indignación manifiestas en su semblante que el brutal Orrantía se levantó de su asiento y *golpeó con el plano de su espada a su desarmado y maniatado prisionero*. Inmóvil como una estatua, Mina soportó esta indignidad; entonces, con una actitud animada por la conciencia de su propia grandeza y con una mirada en que brillaban los fuegos de un elevado espíritu, miró con desprecio a su enemigo y le dijo: “Lamento haber sido hecho prisionero, pero caer en las manos de alguien que no respeta el carácter de español y de soldado hace que mi desgracia sea doblemente sentida.” La magnanimidad de Mina llenó de admiración a todos los presentes, e incluso Orrantía quedó humillado por la severidad de su reproche.

La captura de Mina fue considerada por el gobierno español como un acontecimiento de tan grande importancia que ha honrado al actual virrey, don Juan Ruiz de Apodaca, con el título de *conde de El Venadito*. Liñán y Orrantía han recibido condecoraciones militares y el dragón que lo tomó prisionero recibió un estipendio anual, acompañado de su promoción al grado de cabo.

Una carta, supuestamente escrita por Mina a Liñán el 3 de noviembre, después de su captura, ha sido publicada en la *Gazeta mexicana* y, aunque en ella no hay nada que no pueda esperarse de un hombre amargado por la conducta de individuos como el padre Torres, está redactada en un estilo tal que la convierte en un documento sospechoso, además de que el tenor de toda la conducta de Mina, desde el momento en que fue capturado hasta su ejecución, impide creer que haya sido escrita por él. Sabemos también que después de su captura escribió una carta a su compatriota don Pablo Erdozain, quien comandaba el reducto de Tepeaca, en la que, escrita en el dialecto provincial de Navarra, le da algunas instrucciones respecto a sus asuntos personales y termina deseándole éxito y exhortándolo a seguir una conducta marcada por el honor y la consistencia. Hemos considerado adecuado mencionar estas circunstancias para contrarrestar cualquier impresión errónea que pueda haber causado la publicación antes mencionada en la *Gazeta mexicana*. Hemos informado en otras ocasiones de los documentos de arrepentimiento y

retractación publicados en dicha *Gazeta* relativos a Hidalgo, Morelos y otros jefes patriotas, y ahora es bien sabido que todos ellos han sido falsificaciones de los realistas para engañar al pueblo.

Cinco oficiales de la división de Mina y unos cuantos de los soldados escaparon de El Venadito. Don José María Liceaga logró huir a caballo. Las tropas criollas, en su mayoría, comenzaron su fuga tan a los inicios de la alarma que tuvieron tiempo de ocultarse en lo áspero del terreno. Cuatro hombres de la división fueron muertos. Don Pedro Moreno, que había subido por un lado de la barranca, fue alcanzado y muerto, y su cabeza, separada de su cadáver, se puso como trofeo en una pica. Don Mariano Herrera y cosa de quince soldados fueron hechos prisioneros; todos ellos, a excepción de don Mariano,^a fueron ejecutados.

Después de la vergonzosa escena que ya referimos, Orrantía le preguntó sobre la fuerza que los patriotas tenían en los alrededores. Mina le informó; al suponer que podía hacerse un esfuerzo desesperado por rescatar al general, de inmediato se retiró a Silao con su prisionero, quien fue tratado con toda indignidad. Este mezquino tratamiento fue soportado por Mina con su fortaleza característica. La situación de sus compañeros ocupaba sus reflexiones y durante el camino fueron constantes sus esfuerzos por animarlos.

Su salvaje conductor le puso grillos al llegar a Silao. De ahí fue llevado a Irapuato y finalmente al cuartel general de Liñán frente a Tepeaca, en Los Remedios, donde fue puesto bajo el cuidado del Regimiento de Navarra. El tratamiento que recibió en ese lugar fue el que merecía un hombre tan valiente; se le brindaron todas las atenciones

^a La suerte de este generoso amigo de Mina se encuentra marcada por tantas circunstancias singulares que sería imperdonable no dar noticias de ella. Don Mariano fue llevado a Irapuato, donde fue arrojado en una prisión. Su afectuosa hermana lo acompañó, y sus esfuerzos por salvar la vida de su hermano fueron incansables. De rodillas, imploró en su favor la clemencia de los dirigentes de los realistas. Finalmente prevaleció su intercesión. Después de haber sido sentenciado a muerte y habérsele vendado los ojos en el lugar de la ejecución, fue perdonado. Arrancado inesperadamente del umbral de la tumba, perdió la razón, y en el estrecho confinamiento en que fue colocado su locura se volvió permanente. Su única y constante ocupación era torcerse la barba, que le había crecido mucho. No tenía conciencia ni de la presencia de su hermana, y sus escasas e incoherentes expresiones eran para lamentarse por la suerte de su amigo Mina. Los esfuerzos de la hermana para aliviar la situación del desgraciado hermano fueron incansables.

La última información recibida sobre don Mariano y su estimable hermana es de septiembre de 1818, periodo en que esta última se hallaba en la hacienda de Burras a su regreso de Guanajuato, a donde había acudido para obtener de las autoridades reales permiso para adoptar algunas medidas para alivio de su hermano. Para ese entonces, después de garantizar con dos fianzas penadas con severas multas que al recuperar la razón regresaría a su prisión en Irapuato, había logrado conseguir permiso de Linares, el comandante general, para trasladarlo a su hacienda de la Tlachiquera, donde esperaba que el cambio de escenario calmara su imaginación. Lamentamos no poder precisar hasta dónde haya tenido éxito en sus piadosas intenciones.

que dicta la humanidad y se buscó que su situación fuera lo más cómoda posible.

Entendemos que entre los pocos papeles que cayeron en manos del enemigo se hallaban algunos cifrados. Era un asunto de gran importancia el conseguir una explicación de ellos, porque podrían brindar los nombres de ciertos patriotas que residían dentro de sus muros y que habían tenido correspondencia con Mina. Para fortuna de sus autores, Mina tenía la costumbre de destruir el original después de copiar cualquier comunicación de importancia que recibiera. Todas sus respuestas a los interrogatorios que se le hicieron respiraban fidelidad a una causa en cuyo servicio había sido tratado tan vergonzosamente, y así mostró bajo una nueva luz la nobleza de su carácter. Hemos hablado con algunos oficiales realistas que estuvieron presentes en estas conversaciones y nos han asegurado que fue tal la admiración causada por su conducta que había pocos oficiales en el ejército de Liñán que no simpatizaran con la desgracia de Mina, y se encontraban mucho más dispuestos a liberarlo que a sacrificarlo.

A la llegada a México del correo enviado para anunciar la captura de Mina, el virrey mandó despachos a todas las regiones del reino para difundir la grata nueva. Se cantaron tedéums en las iglesias; salvas de artillería, iluminaciones y regocijos tuvieron lugar en todas las villas que se encontraban en poder de los realistas, y fue tal el gozo general que causó entre ellos que saludaron la captura de Mina como el fin de la revolución. Estas demostraciones por parte del gobierno y de sus seguidores son en sí mismas un elogio nada común al carácter de Mina.

En la ciudad de México había gran expectativa por contemplar a Mina, y si hubiera llegado a dicho lugar se hubiera despertado un gran interés por salvar su vida; mas el virrey, temiendo las consecuencias que podría tener que se lo llevara a la capital, y estando en constante miedo de que se escapara, despachó una orden a Liñán para la inmediata ejecución de su prisionero.

Cuando se le comunicó dicha orden a Mina, la recibió sin dar muestras de ninguna emoción. Continuó resistiendo todos los intentos de obtener de él información, pero lamentó el no haber desembarcado en México un año antes, cuando sus servicios hubieran sido más efectivos. Asimismo lamentó dejar este mundo estando tan endeudado con algunas personas que tan generosamente habían ayudado a su empresa.

El 11 de noviembre (hasta donde podemos acordarnos) fue conducido bajo escolta militar hasta el terreno fatal, custodiado por una fila de los cazadores¹⁰ del Regimiento de Zaragoza. En ésta, la última escena de

¹⁰ “Cacadores” en la edición de 1820.

su vida, el héroe de Navarra no dejó de mostrar su carácter; con paso firme se dirigió al lugar de la ejecución y con su acostumbrada serenidad dijo a los soldados que apuntaran bien: “Y no me hagáis sufrir”¹¹ (no dejen que sufra). El oficial al mando dio la señal acostumbrada; dispararon los soldados, y abandonó la tierra ese espíritu que, a causa de todas las cualidades que constituyen al héroe y al patriota, parecía haber nacido para el bien de la humanidad.

Tan ansioso se hallaba el gobierno de que se confirmara su muerte que Liñán recibió instrucciones de que un cirujano de cada regimiento europeo y un capitán de cada compañía certificaran que Mina había muerto, describieran la manera en que las balas habían entrado en su cuerpo y señalaran la que había causado su muerte. Esto se llevó a cabo y el curioso documento fue publicado más tarde en la *Gazeta* de México.

Así pereció este gallardo joven a los veintiocho años de edad. Su corta pero brillante carrera lo hace acreedor a un lugar distinguido en la lista de aquellos héroes que han derramado su sangre en esfuerzos atrevidos y generosos por romper el cetro de la tiranía y propagar las bendiciones de la libertad en la raza humana.

Ningún hombre ha estado mejor preparado que Xavier Mina para ejecutar una empresa riesgosa. Su constitución era delgada pero bien formada y como de cinco pies siete pulgadas de altura. Su estructura física estaba bien adaptada para la acción. Sus cualidades morales eran enormes y poseía valor personal en muy alto grado. Sereno a la hora del peligro, siempre se hallaba preparado para aprovechar cualquier ventaja que le ofreciera la coyuntura que se le presentaba. A la cabeza de sus hombres, les infundía su ánimo. En su dieta era frugal en extremo, y ninguna privación ni penalidad parecía afectarlo. Siempre prefería la bebida más simple. Su capa y su silla de montar constituían habitualmente su cama; aun en el peor de los climas, o cuando podía proporcionársele un mejor alojamiento, acampaba con sus tropas. Era afable, generoso y sincero; su moderación y su humanidad eran igualmente notorias, y a todas las cualidades del soldado reunía las maneras y las prendas de un caballero.

Fracasar en grandes empresas ha sido el destino tanto de Mina como de muchos hombres valientes, y el mundo siempre está dispuesto a señalar las medidas que hubieran evitado tales fracasos. La inexperiencia puede disculpar libertades de esta naturaleza, porque por lo general son la expresión de deseos más que de juicios respecto a lo que podría haberse hecho.

Pensamos que los hechos narrados en el curso de este trabajo demuestran inequívocamente que Mina fue sacrificado a la ignorancia, a

¹¹ “Y no me hagáis sufrir” en español en la edición de 1820.

la envidia y a una combinación de circunstancias aciagas que ninguna previsión pudo haber anticipado y que condujo al melancólico fin de su carrera, tan llena de lustre como ninguna de duración semejante registrada en las páginas de la historia. Al inicio de su empresa Mina tuvo que depender de la liberalidad del mundo mercantil. El apoyo recibido tanto en Londres como en Baltimore se limitó al de unos cuantos individuos magnánimos; esperaba que su ejemplo inspirara a otros, pero se vio contrariado cuando los apoyos generosos le eran más necesarios.

En la primera parte de este trabajo hemos dado cuenta de que en Nueva Orleans se le propuso atacar y tomar Pensacola, operación que se encontraba perfectamente de acuerdo con las miras de Mina porque le hubiera servido de centro donde reunir tropas y organizar su expedición contra México de una manera adecuada; pero se encontró con que las partes interesadas en Nueva Orleans no sólo fueron mezquinas en cuanto a los recursos que ofrecían, sino tan poco generosas en los términos en que brindarían apoyo a la expedición que encontró el aceptar la propuesta incompatible con su dignidad y con sus planes ulteriores. No es necesario entrar en detalles de todas las decepciones sufridas por Mina y que conocemos por haber examinado sus papeles, porque con ello lastimaríamos los sentimientos o provocaríamos la mala voluntad de determinados individuos que quizá no sean tan culpables como inferimos de la revisión de tales documentos. Pero de lo que sí estamos seguros es de que si Mina hubiera tenido fondos, con la mayor de las facilidades hubiera tomado Pensacola, levantado ahí dos mil hombres y decidido la suerte de México en unos cuantos meses. De hecho, con mil extranjeros hubiera derrotado a todos los realistas comandados por Arredondo, y entonces podría haber penetrado en las Provincias Internas de México, o haberse dirigido hacia la capital si las condiciones lo hubieran justificado, o tenido la opción de escoger una ruta a través del Viejo México, donde se le habrían reunido tantos miles de nativos como su situación requería.

Cuando Mina hizo sus planes en Londres para la emancipación de México, e incluso después de su llegada a los Estados Unidos, no existía en este país ni en Gran Bretaña ley alguna que interfiriera con su empresa. Además, como las fuerzas realistas recibían por entonces socorros de armas y de hombres por parte de empresas privadas de ambos países, las leyes de la neutralidad, que requieren que ambos beligerantes sean tratados de igual manera, necesariamente autorizaban a los patriotas a gozar de privilegios semejantes. La ocasión era, por lo tanto, favorable a su empresa; mas, como antes dijimos, los fondos no llegaron y Mina no tuvo más alternativa que abandonarla del todo o proseguirla en las reducidas y desafortunadas circunstancias en que se encontró. El espíritu

de empresa que una vez distinguió al cuerpo mercantil de los Estados Unidos, espléndido, aventurero y exitoso, se ha tornado más estrecho y personal que en tiempos pasados. Este cambio de amplias y extensas aventuras a empresas parciales y aisladas tuvo el más pernicioso efecto en la expedición de Mina. Los pocos comerciantes que generosamente prestaron ayuda sufrieron, la mayoría de sus compatriotas que abrazaron la causa sagrada pereció con su jefe y, en vez de que se abriera un campo a la empresa comercial que abarcaba las regiones más ricas de la América del Norte, toda la expedición se perdió. No es factible estimar con precisión la extensión del comercio que se hubiera abierto o el número de barcos y marineros que podrían haberse empleado si la causa de México hubiera sido sostenida debidamente.

Mucho hemos oído de la ayuda que los patriotas mexicanos han recibido de personas de los Estados Unidos, y si creyéramos tan sólo la décima parte de lo que el caballero Onís ha escrito al respecto podríamos suponer que los comerciantes americanos han sido liberales en extremo en cuanto a aprovisionar al pueblo mexicano; pero el hecho real es que una sola casa de Londres ha suministrado a Venezuela una cantidad mayor de armas y ropa de la que han proporcionado a México todos los comerciantes de los Estados Unidos, al tiempo que los ejércitos realistas se alimentaban y proveían de municiones, barcos y toda clase de efectos desde nuestros principales puertos.

Los recursos que Mina obtuvo en Baltimore fueron pequeños, si bien don Onís magnificó grandemente su expedición. En su aterrada imaginación, se convirtió en un formidable ejército, un vasto tren de artillería y, más aún, un gran cuerpo de la guardia imperial. Esta exageración sirvió a los propósitos del ministro, y las impresiones hechas por sus cuentos románticos provocaron tal alarma en la Santa Alianza como para causar un ataque diplomático al gobierno de los Estados Unidos; pero el proporcionar más información sobre esto no pertenece propiamente a estas memorias. Fue en vano que Mina intentara convencer a algunos comerciantes de los Estados Unidos de las ventajas que para ellos se derivarían de la emancipación comercial de México. Fue en vano que ofreciera los términos más generosos para conseguir abundantes provisiones; mientras tanto, el ascendiente de los agentes españoles, a través de los contratos que tenían capacidad de otorgar, produjo una influencia tal en los hombres de dinero y en las instituciones monetarias de algunas de nuestras principales ciudades que interfirió materialmente en las necesidades de Mina y en la emancipación de México.

La falta de apoyo adecuado por parte del mundo mercantil fue el *primer* gran obstáculo con el que Mina tuvo que luchar. El *segundo* y más

serio impedimento para su empresa fue la envidia del Padre Torres. Cuando Mina, con su pequeña banda de cuatrocientos hombres, de los que apenas dos terceras partes eran extranjeros, se hubo abierto camino al interior del país después de una marcha de más de seiscientas millas, ganando una batalla tras otra, confundiendo a los realistas con sus proezas caballerescas y, finalmente, logrando unirse con los patriotas en la intendencia de Guanajuato, a tan sólo ochenta millas de la sede del gobierno, vemos que tuvo que encontrar un pérfido enemigo en el mismo hombre que debió haber sido su amigo firme y cordial. Las pruebas que hemos proporcionado de la envidia y del odio que hacia Mina albergaba el padre Torres no dejan la más mínima duda de que el sacrificio del primero, así como el fracaso de su empresa, se debe de manera especial a este vengativo sacerdote. Incluso después de la captura del heroico Mina, Torres dio muestras de los sentimientos de envidia y rencor que animaban su conducta.

Ya hemos señalado que Mina fue conducido al cuartel de Liñán, frente a Tepeaca, donde se le mantuvo preso. La guarnición de Los Remedios lo sabía, y también que su suerte se hallaba en suspenso hasta que regresara un correo del virrey. Durante este intervalo varios de los oficiales extranjeros de la división, así como algunos criollos valientes, se propusieron formar un cuerpo selecto de *doscientos* hombres decididos que tomara las defensas enemigas y rescatara al general a cualquier precio. El plan era tan atrevido y posible como noble y practicable; todos los oficiales pertenecientes a la división de Mina que se encontraban en el fuerte se hallaban deseosos de perecer antes que fracasar en el intento. Hubiera costado algunas vidas, quizás las de la mitad de los aventureros, pero apenas puede haber duda alguna de que el plan hubiera resultado, ya que el enemigo, confiando en la fuerza natural de su posición, se sentía completamente seguro. El doctor Hennessy fue elegido para presentar la propuesta al padre Torres. Sus urgentes solicitudes fueron desechadas por ese monstruo sin sentimientos, cuya invariable excusa fue que *resultaría en un sacrificio muy grande de vidas*. El sacrificio de Mina era su más caro deseo. Bien conocía los daños que ya había hecho al general y que su popularidad era tal que si sobrevivía probablemente se convertiría en el jefe principal de la revolución. En suma, Torres no dio permiso para que saliera del fuerte ni un solo hombre, y denunció a la empresa como un acto de temeridad. Su opinión fue apoyada por el coronel Novoa, el segundo en el mando del fuerte. Para hacer justicia a Mina consideramos necesario dar cuenta de algunos hechos relativos a Novoa. Era un español. En la expedición, Mina lo nombró jefe de su estado. Poseía algunos conocimientos teóricos y sabía hablar de cosas poco importantes; era un excelente oficial

de instrucción, pero sus deficiencias quedaban de manifiesto cuando se aventuraba más allá de los deberes de ese puesto. Era arrogante y altanero en su trato. En un servicio militar como el que se hace en México tales defectos pudieran disimularse, pero su conducta en la acción de Peotillos, en Pinos y en San Juan de los Llanos había sido tal que hizo se le perdiera la confianza necesaria. En el Jaral, su negligencia fue la causa de que el marqués escapara, y en esa ocasión cometió además un exceso tan vergonzoso que Mina ordenó a su ayudante, el teniente coronel Aragón, le diera una severa reprimenda. Nunca perdonó a Mina este acto, y se convirtió en su enemigo secreto. Su conducta durante el sitio de Los Remedios no estuvo nunca a la altura de la de sus compañeros y no fue la apropiada para el importante cargo que en él tuvo. Rara vez abandonaba su habitación durante el día y ocasionalmente visitaba las baterías por la noche, pero en ninguna ocasión mostró celo, actividad o energía. De hecho, se convirtió en criatura de Torres y, en consecuencia, en enemigo de Mina. Por esta razón desaprobó el temerario plan de intentar el rescate del desgraciado prisionero.

Hemos así indicado las principales causas que llevaron al fracaso de la expedición de Mina y a su propia muerte. De igual manera se habrá visto, por lo que antes hemos señalado del estado de la revolución al tiempo de su desembarco en la costa mexicana, que el momento no era propicio para la ejecución de su empresa y que por circunstancias adversas se vio impedido de unir su pequeña fuerza a la de Victoria o la de Terán. Es cierto que cuando Mina se encontraba en Soto la Marina ambos generales habían sufrido serios reveses, pero ninguno de los dos había sido del todo derrotado; y como Mina tenía consigo un número considerable de armas, si no le hubiera sido contraria la fortuna, hubiera podido levantar, ya en la intendencia de Veracruz o en Tehuacán en la de La Puebla, el número necesario de hombres, porque por nuestra observación personal sabemos que en cualquiera de las dos intendencias antes mencionadas, así como en la populosa de Oaxaca, Mina hubiera sido cordialmente recibido por casi todas las clases de habitantes. También es cierto que, de acuerdo con la *Gazeta mexicana* de esa época, la insurrección se encontraba casi apagada; esto es, que los revolucionarios por entonces no tenían ejércitos que merecieran este nombre. Pero el espíritu de la población no había sido domeñado, y sus sentimientos de odio hacia el gobierno español permanecían inmutables. El documento del obispo de Michoacán¹² que se publicó por ese tiempo hacía un recuento del estado en que México se encontraba que no podía ser sospechoso de exageración, ya que estaba dirigido al rey de Es-

¹² "Mechoacan" en la edición de 1820.

pañá por uno de sus pocos partidarios que se atrevían a decir la verdad. No hay duda alguna de que habían ocurrido muchos desastres y que se daba esa clase de calma que sucede a toda tormenta, pero en ese entonces una chispa hubiera encendido de nuevo la llama, y la *encendería ahora*, en todas las regiones del virreinato. Nadie que conozca el verdadero carácter de los mexicanos puede negar que el odio a España y un deseo de quedar libres de su control son los sentimientos predominantes entre ellos, y está fuera de duda que, en la primera ocasión favorable, de nuevo buscarán verse irrevocablemente libres del gobierno español.

Si bien podría ser más adecuado que las observaciones siguientes constituyeran la parte final de nuestra narración, para defender al gallardo joven cuya carrera hemos estado siguiendo del cargo de temeridad al invadir México, consideramos apropiado dar aquí nuestras opiniones sobre la factibilidad de expulsar a los españoles del trono de ese reino, mostrando así la veracidad de la observación que tan a menudo hemos hecho al lector de que los desastres de Mina se debieron enteramente a la intervención de causas que la prudencia no podía anticipar ni la sabiduría remediar.

El total de los españoles europeos en el virreinato no excede de *sesenta mil*. Incluso la fidelidad de muchos de ellos al real gobierno es muy dudosa. Con frecuencia les hemos oído expresar sentimientos tan fuertes y tan ardientes a favor de la emancipación de México como las que hemos escuchado de cualquier criollo. Sabemos que las tropas españolas se encuentran hastiadas, y alarmadas, de la forma de hacer la guerra en México. Los soldados españoles que actualmente se encuentran allí, así como los que en un futuro puedan ser enviados desde España, se mostrarán renuentes a combatir en caso de nuevas operaciones militares en las regiones del virreinato que ahora están tranquilas. En cualquier parte del Nuevo Mundo donde ponga el pie llevando el estandarte real, el soldado español se enfrenta a las privaciones y a la muerte bajo las formas más horribles; libertad, riquezas e independencia están a su disposición en el momento en que decida desconocerlo. Al salir de España hacia América, oficiales y soldados se despiden para siempre de sus familias y amigos. La salida de una expedición de Cádiz se ha convertido en una ceremonia fúnebre; de hecho, puede dársele este nombre porque en los últimos diez años la América española se ha convertido en la patria adoptiva o en el sepulcro de casi todos los oficiales y soldados que han abandonado la península. Las enfermedades inherentes a las costas de la América española y la bárbara manera de hacer la guerra en su interior no sólo destruirían todos los ejércitos de España sino los de cualquier otra nación europea, sin exceptuar siquiera

el del imperio de las Rusias. El total de las tropas españolas europeas en todo el virreinato de México, según las últimas noticias, era menor a *cuatro mil ochocientas*. Esta fuerza, o incluso una cinco veces mayor, sería insuficiente para mantener la soberanía de España en México durante una semana. Es de las *tropas realistas criollas* de las que el gobierno de España ha tenido que depender por varios años, y en ellas descansa ahora la preservación del virreinato. De estas últimas, una alta proporción son hombres que en algún momento de la revolución han estado al servicio de los patriotas, pero por razones que han sido señaladas a lo largo de este trabajo se encuentran ahora al servicio de la corona.

Antes de la revolución, el gobierno español había tenido mucho cuidado en prohibir a todos los habitantes el uso no sólo de las armas de fuego sino de toda arma militar. Desde que comenzaron las luchas actuales, la necesidad ha obligado al gobierno español a poner armas en manos de la población criolla y a atraérsela por medios nunca antes usados o permitidos; así que los criollos, lo mismo que los que han estado al servicio de los patriotas, han aprendido el uso de las armas y perciben su importancia actual para la sociedad, a la que no renunciarán jamás y de la que no podrá despojárseles y que debe provocar en sus mentes una constante comparación entre sus condiciones presentes y las que tenían hace diez o doce años, así que si el gobierno español intentara ahora desarmar a estos criollos realistas su autoridad no duraría mucho.

El intercambio de sentimientos entre esa porción de criollos que han sido insurgentes y aquellos que han permanecido leales a la causa realista ya ha producido efectos que han provocado gran alarma en las autoridades de México, y estos efectos no han disminuido desde que el elocuente obispo de Michoacán los representó con tanta fuerza. De hecho, los derechos políticos y los agravios personales constituyen ahora el tema privado y continuo de conversación entre los criollos realistas y los patriotas. Entre estos últimos, ni uno entre diez mil será alguna vez un sincero súbdito fiel del gobierno español, mientras que la transición de realista a revolucionario es fácil, sin peligros ni riesgos, y afín a los sentimientos de casi todos los criollos mexicanos.

El actual virrey, que se ha conducido con extraordinaria destreza en una situación crítica, ha afirmado en sus despachos a la corte de España que ha reducido todas las fortificaciones y pacificado a casi todas las regiones del país donde había cuerpos de patriotas; que ha capturado a tal partida; que otra más ha capitulado, y que más de ochenta mil de los infelices engañados han recibido el perdón real y han prestado el juramento de fidelidad a su legítimo soberano. Asegura al gabinete

de Madrid que sólo quedan algunos pequeños grupos de bandidos, que *espera pronto exterminar*. Afirma que toda esperanza de alcanzar el éxito por parte de los insurgentes en México ha sido abandonada desde la captura y ejecución de Mina, e incluso lleva tan lejos sus consoladoras seguridades que dice que no se necesita actualmente el envío de más tropas de España, ya que tiene la confianza más firme en la fidelidad de los criollos realistas. Estos halagadores informes se reciben en Madrid con la misma credulidad con que se recibieron las noticias de que Mina se embarcó en Baltimore con un espléndido tren de artillería, y se han publicado en la *Gazeta* de Madrid y circulado por España y el resto de Europa. Los hechos ya señalados, y otros que más adelante señalaremos, probablemente descorrerán el velo del engaño con que hasta ahora se han cubierto los asuntos de México por los artificios y la influencia de los agentes españoles, y presentarán a todo lector imparcial una visión del estado actual de la sociedad en ese país. Decimos que las fuerzas realistas actualmente en México se componen tan sólo de unos cuantos soldados españoles, ya que el cuerpo principal está formado por *insurgentes indultados y criollos desafectos*. Hemos afirmado que estas fuerzas son realistas sólo por accidente o necesidad, y que nueve de cada diez se hallan impacientes por abandonar la bandera de España. En la primera ocasión en que encuentren una fuerza regular de tropas extranjeras al mando de jefes sensatos a las que poder unirse, aprovecharán la oportunidad para llevar a cabo la independencia de México.

Ya hemos descrito la conducta de las tropas realistas en sus diferentes marchas, asedios y batallas en contra de Mina, y hemos visto las proezas que realizó este joven con un mero puñado de tan sólo trescientos hombres, de los cuales, como ya observamos, menos de las dos terceras partes eran extranjeros. Tanto en Europa como en los Estados Unidos prevalece la opinión general de que hacer independiente a México será una empresa muy difícil. Aleccionados por la experiencia, somos de la opinión contraria, y no titubeamos al decir que si un número de tropas extranjeras semejante al que en los últimos tres años se ha reclutado en *Gran Bretaña y trasladado a Venezuela* hubiera desembarcado en México, su independencia se hubiera logrado en menos de tres meses a partir de su llegada. Los valientes hombres que han sido reclutados en Irlanda recientemente por el patriótico general D'Evereux¹³ hubieran sido más que suficientes para decidir el destino de México. Nuestra afirmación se apoya no sólo en lo que hemos mostrado de lo efectuado por Mina con su

¹³ El general irlandés John Devereux apoyó la causa de la emancipación americana, a la que dedicó su fortuna y su vida. Además de proporcionar armas y víveres a Simón Bolívar, formó la legión irlandesa con la que hizo la campaña del Magdalena.

pequeña banda de extranjeros y por otros hechos que hemos narrado sino también por nuestro conocimiento personal del afán generalizado del pueblo mexicano por verse libre de la dominación española.

Admitimos que la conquista de México *con el propósito de mantenerlo dependiente de un poder extranjero* sería una empresa impracticable, porque su sujeción a un gobierno extraño excita su odio y porque para resistir un intento semejante por parte de cualquiera otra nación sobre la tierra el gobierno español se vería ayudado por los esfuerzos conjuntos de todas las clases de criollos e indios, y esta guerra sería semejante a la de España contra Francia. Pero si un ejército invasor enarbolará las banderas de la libertad y proclamara la emancipación de México de toda dependencia extranjera sería recibido como salvador y obtendría el apoyo decidido de la gran masa de la población mexicana.

Hemos visto las dificultades que experimentó el gobierno español para reunir una fuerza suficiente para frenar las operaciones de Mina y someter a los patriotas comandados por oficiales incapaces como el padre Torres y sus subalternos. Es más, opinamos que si Liñán hubiera sido derrotado por Mina, los realistas no hubieran podido reunir otro ejército capaz de hacerle frente. El hecho de que Liñán no haya sido derrotado se debe atribuir únicamente a la ignorancia y falta de energía del padre Torres y a sus celos de Mina. Nos damos cuenta de que podrá decirse que cualquier otro extranjero distinguido podría verse tratado como Mina lo fue a causa de la envidia de los jefes criollos. Mil bayonetas extranjeras lo pondrían por encima de la influencia de sus envidiosos sentimientos y por el honor de los criollos mexicanos espe-ramos, además, que haya tan sólo unos cuantos entre ellos capaces de actuar en forma tan baja como Torres y Moreno lo hicieron con Mina. Sentimos gran placer al decir que hemos visto a cientos de oficiales criollos que poseen los sentimientos más generosos y de gratitud hacia los extranjeros que han llegado con ellos, ya sea como visitantes, ya con el propósito de ayudarlos. Entre los viejos españoles los sentimientos de envidia hacia los extranjeros constituyen un principio que se deriva de su educación y de su interés; son la consecuencia necesaria del conocimiento de su propia debilidad y han sido particularmente estimulados por su gobierno.

Asimismo, entre algunos de los criollos viejos se perciben ocasionalmente algunos prejuicios en contra de los extranjeros, pero entre los criollos de la nueva generación, y sobre todo entre los que han pasado de la juventud a la edad adulta desde la revolución, rara vez hemos encontrado quien no profese este apego a los extranjeros, al que el sentimiento de libertad se encuentra siempre unido. Los criollos jóvenes de México son quizá los más ingeniosos y generosos de los hombres;

y, lejos de ver a los extranjeros como intrusos en su país, les prodigan una hospitalidad sin límites, y únicamente parecen estar ansiosos de adquirir conocimientos y de imitar los modales de los agradables ejemplos que tienen a la vista.

Confesamos que al entrar en territorio mexicano nos sorprendimos al encontrar que el carácter de los criollos era muy diferente de la imagen que siempre se ha dado de él, y cuando reflexionamos sobre la forma en que han sido educados, su falta total de intercambio con los habitantes de las naciones civilizadas y su limitada literatura nos quedamos aún más sorprendidos al encontrarlos tan liberales en sus sentimientos. En verdad que nos hallamos perfectamente convencidos de que cuando los mexicanos puedan gozar de un gobierno libre y de las ventajas de una educación liberal rápidamente se convertirán en un pueblo tan estimable como el que más. También consideramos de cierta importancia el hacer notar que la mujer criolla, ya sea unida en matrimonio a un español europeo o a uno de sus propios paisanos, es secreta o abiertamente enemiga del gobierno español, y con frecuencia hemos visto manifestado este rasgo de su carácter de la manera más notoria. Las amenazas de castigo no han bastado para reprimirlas. Durante la revolución han sido las fieles amigas de los patriotas y en muchas ocasiones han dado pruebas de su espíritu intrépido. Cada derrota de los revolucionarios nublaba con tristeza su frente, mientras que sus espléndidos ojos brillaban a través de lágrimas de alegría cuando sabían de los triunfos de los patriotas sobre los gachupines. Las canciones de cuna que cantan a sus hijos están concebidas en el espíritu de la libertad y señaladas por el odio al despotismo de España. Pregúntese a un niño de tan sólo cinco o seis años de edad si es español y con indignación responderá: *"No soy gachupín, soy americano"*¹⁴ (No soy un gachupín, soy un americano).

No se necesita el don de la profecía para predecir las consecuencias que tendrá el que las madres inspiren así a sus hijos. En el corto espacio de *nueve años*, estas consecuencias ya se han desarrollado de manera tal que pueden muy bien provocar los temores de España en cuanto a su dominio del reino mexicano. Para preservar su tambaleante soberanía se ha visto obligada a establecer guarniciones en casi todas las ciudades y villas del virreinato. Incluso en las haciendas es necesario colocar tropas realistas para mantener sujetos a sus habitantes.

En las intendencias de Veracruz, La Puebla, México, Guadalajara, Zacatecas, Valladolid, Guanajuato y en parte de la de San Luis Potosí, se encuentran colocados, a pocas leguas de distancia unos de otros,

¹⁴ *"No soy Gachupin, soy Americano"* en español en la edición de 1820.

destacamentos de cincuenta a cuatrocientos hombres; así, su fuerza militar está desparramada sobre una inmensa superficie y en el caso de una invasión el gobierno tiene tan sólo la alternativa de retirar sus tropas de sus posiciones dispersas o exponerlas a ser derrotadas una a una. Donde quiera que se retiren las tropas a un determinado punto central, los habitantes se insurreccionarán de inmediato. El hecho mismo de que las tropas se encuentren acuarteladas en villas y haciendas revela a la población los miedos del gobierno, mientras que los mismos soldados (siendo por lo general criollos), al establecer conexiones en los distritos donde se hallan acuartelados, están más dispuestos a tomar el partido de sus habitantes y la causa de su país, en el caso de una futura insurrección, que a adherirse a un gobierno que ya detestan. De hecho, consideramos a todos los regimientos criollos que actualmente se encuentran en México bajo la bandera española como en entrenamiento para el establecimiento de la libertad futura de su país. Esta afirmación se basa en el conocimiento de su carácter y sentimientos, y en realidad muchos oficiales españoles europeos nos han confesado este importante dato.

Declaramos a los oficiales criollos de los regimientos realistas, casi sin excepción, como realistas tan sólo en apariencia; de corazón son patriotas sinceros y desean ardientemente ver a su país emancipado de España en el momento en que pueda lograrse de la manera adecuada. En repetidas ocasiones varios de estos oficiales han dicho al escritor: “¡Ah! Si los insurgentes no hubieran manchado los primeros pasos de la revolución con excesos atroces que nos alarmaron a todos, nos hubiéramos unido a ellos y establecido la independencia de nuestra patria hace seis años.” Esta opinión no es manifestada únicamente por los oficiales realistas criollos sino por todo natural ilustrado con el que hemos conversado y, si bien en sus últimos despachos oficiales, el virrey Apodaca dice que la tranquilidad ha sido restaurada por todo el reino, sabemos que está perfectamente consciente de que es tan sólo una calma engañosa. Es verdad que en las grandes provincias de Veracruz, La Puebla, Oaxaca y México, los insurgentes ya no se encuentran organizados en cuerpos hostiles, pero el carácter y sentimientos de los habitantes no han cambiado y cada día conocen mejor sus verdaderos intereses. En aquellas provincias, los insurgentes indultados se mezclan ahora con los que han sido llamados realistas. Discuten entre ellos sus errores, sus desgracias y sus *derechos*. Un distinguido oficial español le dijo al escritor que “a pesar de que mucho se ha dicho acerca de fusilar a los insurgentes, sin embargo era ya inútil proseguir ese sistema, porque sabía que cada criollo e indio del país era ya, o pronto se volvería, un insurgente, y a causa de que cosa de *ochenta mil* de esos *hombres*

peligrosos, que antes se encontraban desperdigados por los bosques, se encuentran ahora en nuestras villas y ciudades, donde han inculcado su veneno en los pechos de nuestras familias; por lo tanto”, decía él, “los indultos reales tan sólo han preparado el camino para que esos ochenta mil hombres contaminen a los realistas y para organizar nuevas convulsiones”.

No tenemos duda alguna de que todos los insurgentes indultados serían fusilados mañana si su suerte dependiera del gobierno español; pero tal experimento sería muy peligroso en la actualidad, porque no existe un criollo realista que no vuelva su bayoneta contra cualquier autoridad que se atreva a violar la seguridad que se ha dado a los insurgentes. Nosotros tampoco tenemos la menor duda de que todos los criollos realistas se verían privados de sus armas si el gobierno español pudiera traer a México los miles de soldados europeos necesarios para guarnecer todas las villas y ciudades del reino, pero como España nunca podrá mandar una fuerza capaz de lograr semejante objetivo, resulta que su soberanía depende ahora, y debe continuar dependiendo, de la fidelidad de las tropas criollas.

Habiendo así descrito el estado actual de la sociedad en México, resultará obvio para el lector que la empresa que acometió el esforzado Mina no fue de ninguna manera de una naturaleza desesperada, como se la ha representado en varias publicaciones. Fracaso por causas que, creemos, han sido ampliamente explicadas; pero él y su valiente y pequeña banda, al marchar desde la costa mexicana a Guanajuato, han mostrado lo que podrían lograr en un futuro algunos héroes más afortunados.

Dos mil soldados extranjeros de infantería comandados por oficiales inteligentes y valientes derrocarían al gobierno español en México en menos de seis meses a partir de su desembarco, ya en la costa del océano Pacífico, ya en la del Golfo de México. En el momento en que se supiera que un ejército invasor respetable ha desembarcado con el propósito reconocido de asistir a la población a librarse del yugo de España, repetimos lo que ya antes sugerimos respecto a que se le unirían tantos mexicanos como fuera posible armar y organizar. El gobierno se vería obligado a retirar las tropas realistas de sus actuales posiciones; se seguirían insurrecciones, y la suerte de México, con toda probabilidad, se decidiría rápidamente.

A lo largo de la costa del Golfo de México no se encuentra un solo lugar, a excepción de Veracruz, donde dos mil hombres no pudieran desembarcar, porque si bien los barcos de gran calado no pueden llegar cerca de la costa, toda ella permite el desembarco de tropas con botes abiertos, y mediante una marcha de tres días podrían llegar a la meseta de México. La línea de la costa es tan extensa que imposibilita

totalmente el verse guarnecida en todos los puntos contra la invasión de un gran cuerpo de tropas.

La misma facilidad de desembarcar ofrece la costa del océano Pacífico desde *Guatemala*¹⁵ hasta *California*. Acapulco y San Blas son los dos únicos puntos donde se resistiría un desembarco, e incluso dichos lugares podrían ser tomados por un golpe de mano sin demasiado peligro o pérdida.

De todas las regiones del reino, la bella y rica intendencia de Oaxaca es la que ofrece el campo más seguro e importante para las operaciones de un ejército invasor. A lo largo de su costa en el Pacífico se encuentran varias bahías espléndidas donde podría desembarcar un ejército invasor a una distancia de no más de treinta y cinco leguas de la ciudad de Oaxaca. La provincia entera abunda en todo lo necesario para el mantenimiento de un ejército. La ciudad de Oaxaca es la más limpia y aseada del reino y la edificada de manera más regular. Los edificios han sido construidos con una piedra verde que mantiene permanentemente su color y da a la ciudad una apariencia de frescura tal como no hemos visto en ninguna otra. El convento de San Francisco, construido hace más de doscientos años, parece como si acabara de salir de las manos del arquitecto. Por todas las calles corren arroyos del agua más pura, y en todas las plazas hay bellas fuentes para el uso de los habitantes. Los frutos de las zonas tórrida y templada se ven todos los días en el mercado. Hemos visto a un lado del camino árboles cargados de naranjas, mientras que del otro se encuentran campos de trigo. La temperatura de esta ciudad se considera igual a la de cualquiera otra en la Nueva España. El termómetro rara vez baja de sesenta y tres grados o sube más de setenta y ocho. Los habitantes son bien formados y notorios por su longevidad. De igual manera, las mujeres se distinguen por su belleza y vivacidad. A lo largo de la costa de Oaxaca el clima es nocivo para la salud, pero la gran parte de esta provincia, y en particular las montañas de la Mixteca,¹⁶ es famosa por su aire puro y saludable. Los pueblos de indios más populosos de toda la Nueva España se encuentran en esa provincia. Los indios de Tehuantepec son notables por su actividad y belleza. La totalidad de esos pueblos de indios puede considerarse como habitada por verdaderos amigos de la causa patriota que brindarían su decidido apoyo a un ejército invasor.

Desde el puerto de Coatzacoalcos, en la parte más baja del Golfo de México, un ejército podría marchar a la meseta de Oaxaca en cuarenta y ocho horas. No conocemos ninguna otra región de la Nueva

¹⁵ “*Guatimala*” en la edición de 1820.

¹⁶ “*Misteca*” en la edición de 1820.

España tan accesible para un ejército invasor como esta provincia; tampoco conocemos de alguna otra que constituya un punto tan importante de reunión para los patriotas de las provincias de Veracruz, Puebla y México como éste en las orillas del noble y navegable río de Coatzacoalcos. Los recursos para el pago de un ejército también son abundantes en esta provincia. Es aquí donde la cochinilla se cosecha más extensamente, llegando su valor a más de un millón de pesos anuales.

Todas las sugerencias anteriores relativas a la facilidad de invadir y emancipar a México no se ofrecen con el propósito de llamar la atención de aventureros desesperados sino con la esperanza de que sean de utilidad, en un día no muy lejano, a los gobiernos de las repúblicas de Colombia, Buenos Aires y Chile.¹⁷ Aunque el escritor no es quisquilloso en cuanto a los medios que puedan ser empleados para efectuar la emancipación de México, no tiene ningún empacho en decir que si alguna vez se lleva a cabo por extranjeros desearía fueran ciudadanos de los Estados Unidos. Esta opinión puede desagradar a muchos de nuestros pacíficos compatriotas pero, como nos encontramos viviendo en una era de revoluciones cuando la felicidad del hombre es el gran propósito y fin de la sociedad, es no sólo un deseo natural por parte de un ciudadano de los Estados Unidos sino que también lo sería de cualquier espíritu de cualquier parte del mundo civilizado. Quizá pronto el Nuevo Mundo deberá utilizar todos sus recursos físicos y morales para oponerse a los ambiciosos y antisociales designios del Viejo Mundo, y rescatar la más bella porción de la tierra de la odiosa degradación bajo la que ha sufrido tanto tiempo. Si se consideran la posición geográfica y otras circunstancias, no resulta extravagante creer que entre los habitantes de los Estados Unidos y entre los de México deberá surgir la convicción de que es *de su política y su interés el formar una alianza política y comercial*.

En el capítulo siguiente reanudaremos los pormenores de los realistas en contra de Los Remedios y a continuación se verá que, a pesar de todos los desastres sufridos por los patriotas después de la muerte de Mina y de las lisonjeras declaraciones hechas por el virrey respecto a la pacificación general del reino, el año pasado los revolucionarios mantuvieron partidas formidables en las provincias de Guanajuato, México y Valladolid, y más especialmente en la costa de esta última en el océano Pacífico.

¹⁷ “Buenos Ayres” y “Chili” en la edición de 1820.